

desempolvando su figura del aura belicista y carnífera con que se lo conservaba desde otras perspectivas (la de Liddel Hart es la más conocida y autorizada).

La guerra es un duelo y, en tanto apuesta, un juego de suma cero. Aporética y no dialéctica (no diálogo con mi enemigo, no cuento con él sino para aniquilarlo), la guerra es absoluta y, como tal, ajena a cualquier concepción del progreso. Nuestras guerras difieren técnicamente de las prehistóricas, pero son igualmente bélicas, el mismo juego de exterminio. Clausewitz añade a estos caracteres algunas notas románticas: como la vida, la guerra es azarosa e imprevisible, indócil a cualquier previsión mecánica. Se somete al cálculo de probabilidades, pero también al genio del jefe, que actúa sobre la marcha.

Pero —y aquí tenemos el mejor aporte del autor— la guerra clausewitziana es, ante todo y siempre, un acto político, la prolongación de la política por otros medios, unos medios que confiscan sus finalidades y se convierten, en su momento, en fines o lógica de los hechos. Si hago la guerra para tal fin acabo haciendo la guerra para ganar la guerra. En consecuencia, la política ha de controlar el desarrollo de la guerra en todo momento, para que no se pierdan de vista los objetivos y se evalúe en qué medida la guerra es útil como instrumento o ha dejado ya de serlo. Si en la paz el otro me es necesario porque discuto con él y él conmigo, en la guerra el otro me es necesario porque si no lo aniquilo, me aniquila. Lo que Clausewitz viene a decirnos es que si hago la guerra perdiendo mis objetivos políticos, aunque la gane militarmente, la habré perdido. El enemigo me habrá impuesto su balance de destrucción.

Las concepciones nihilistas de la política han invocado frecuentemente a Clausewitz como fundamento de un ejercicio del poder que se legitime a sí mismo y se ponga como objetivo de sí mismo. Estos nihilismos han acabado, como era previsible, situándose en la posición del aniquilado. Lo que Clausewitz nos aconseja es no perder de vista los fines para que la guerra no se convierta en un holocausto suicidal. En una época de prosperidad dialéctica (Clausewitz fue contemporáneo de Hegel) este oficial prusiano vino a mostrar que si la guerra es la negación del diálogo y, por ello, de toda dialéctica como tal, no escapa a la índole dialéctica de la historia. También fue contemporáneo de Napoleón, a quien las malas alianzas políticas llevaron a la derrota militar.

Sobre vivir. Fernando Savater. Ariel, Barcelona, 1994, 334 páginas

Lo más «fuerte» de la obra savateriana está en el género misceláneo, como el de este libro. El artículo forzosamente breve, rigurosamente fechado, cercado por la circunstancia, da en las notas más afinadas del instrumento. Lo que podría decirse en desmedro de otros ensayistas cabe formularlo como elogio: Savater escribe como su espectáculo favorito, la carrera de caballos. Un juego breve y tenso, en el cual hay necesariamente un vencedor, el caballo de mejor raza, mejor entrenado, mejor conducido, que compite con una selección de mejores. La polémica, el encuentro de un adversario surgido de su imaginación, estructura esta prosa con un final abrupto, conclusivo y victorioso.

Esta colección recoge trabajos anteriores a 1983 y los eventos que le sirven de referencias aparecen con claridad: el golpe de Estado de 1981, la guerra de las Malvinas y las elecciones españolas (1982), la presidencia de Ronald Reagan, el papado de Wojtila, estrenos de cine y publicación de libros, etc. Savater suscribiría en parte, sólo en parte, las opiniones aquí escritas. Él mismo lo dice: «Releo frecuentemente con gusto mis opiniones de ayer y me alegro de haberlas sostenido, pero aún me alegro más por ser capaz de tener luego otras, según me dictan mi tiempo y mi tempestad».

El pensamiento savateriano es presente, en un sentido perecedero y urgente (tempestuoso, según queda dicho) de la palabra presente. Algo que si no se dice en determinado momento, no podrá ser dicho nunca más. Un pensamiento que se agota al decirse y que no espera secuencia ni la reclama. Estrictamente ligado a ciertos acontecimientos con día, mes y año, huye, sin embargo, por ello mismo, de atesorar su historia. Savater elude tanto la melancolía como la soledad, salvo si se trata de una melancolía de opípara sobremesa, el paso de algo irremediable pero no lamentable, o la soledad compulsiva del abandono. «A mí se me encuentra siempre donde hay gente»: voces de otros, silencio para la voz de otro, diálogo, tal vez discusión. En cualquier caso, un lugar donde la palabra oral se disipa apenas dicha.

A pesar de tales extremos, cabe advertir que el pensamiento de Savater tiene historia y que ésta no es individual, sino que esboza el retrato de cierta *clique* español.

la iniciada a mediados de los sesenta y, a través de ella, un retrato mayor: la sociedad de una época. El hecho divisorio es, en el caso de Savater, la elección ganada por el PSOE en 1982. Decididamente, deja atrás un individualismo radical a veces teñido de nihilismo catedrático (cierto Nietzsche pasado por Foucault) para ingresar en el pragmatismo y el contractualismo de talante liberal. El individuo existe pero no a pesar de los demás, sino en tanto su estatuto de libertades individuales es reconocido por los otros, y viceversa. Éste es el contrato social, laico y revisable, que cimenta, sin ningún otro fundamento natural ni sobrenatural, nuestra convivencia. Es lo que nuestro filósofo define como «inconfesable afición a lo posible, frente a la resignación ante lo necesario o la adoración de lo perfecto».

Tampoco es que la miscelánea carezca de constantes, a veces obsesivas. La principal: definición y confutación de las ortodoxias. «Soy un guerrero con inquietudes religiosas... lo contrario de un sacerdote», decía Savater por aquellos días. Y su deambular montaigniano por el laberinto de las opiniones tiene ese hilo de Ariadna: oponerse a la ortodoxia franquista, a la antifranquista, a la de la transición, a la del progresismo, a la del idealismo radical que acaba aceptando la realidad como ineluctable, a la vulgata oficialista que siempre juega con la amenaza de una oposición que lo haga todavía peor.

Toda exploración de las propias opiniones construye un espejo. En este caso, una suerte de caleidoscopio he-

cho con espejitos astillados. Entre tanto brillo minúsculo, acecha, tal vez, la imagen que no queremos obtener de nosotros mismos, lo *Unheimlich*: «...un terrible rostro desconocido del que sólo sabemos que se nos parece». Para conjurarlo, Savater propone su autorretrato bajo las especies de Voltaire: «...metomentodo, superficial, inconformista, adulador, crítico, vanidoso, a la par venal e insobornable... Antes de Voltaire no había intelectuales, sino poetas, predicadores o sabios; después de él, casi todos lo somos ya.»

Este vaivén entre lo uno y lo otro ha terminado siendo la sustancia de la meditación moral de Savater (que también es un escritor meditativo, aunque él diga lo contrario): «La única y verdadera forma de respetar al otro —es decir, de tenerlo juntamente por distinto y por igual a mí en humanidad— es incluirlo en mi valoración ética. Lo contrario equivale a reducir la moralidad a un catálogo de peculiaridades etnográficas y lo humano queda degradado a convención biológica.» Es hora de que los lectores de Savater, entre los cuales se cuenta él mismo, le pidamos unas memorias, aunque más no sea reducidas a una sola escena: el encuentro de Voltaire con ese terrible desconocido que se nos parece.

B. M.



La balsa de la Medusa

Número 32

1994

REVISTA TRIMESTRAL

D. Davidson, *El tercer hombre*. R. Morris, *Escribir con Davidson*. E. Lootz, *Arenas giróvagas*. E. de Diego, *Loops*. Fca. Pérez Carreño, *Bruce Nauman o el arte de hacer cosas con palabras*. C. Crego, *Los bulevares de Mondrian*. P. Mondrian, *Los grandes bulevares*. C. Thiebaut, *Retórica de la lucidez*. G. Vilar, *Adorno y Beethoven*. S. González Noriega, *Los «autores» del Quijote*. J. M. Marinas, *Estampas de la Habana*. G. Abril, *Lectura literaria y tecnología audiovisual*.

Edita Visor Dis., S. A.

Redacción, administración y suscripciones

C/ Tomás Bretón, 55

Teléfono 468 11 02

28045 MADRID

Precio del ejemplar, 800 pesetas. Precio número doble, 1.600 pesetas.

Suscripción anual (4 números): España, 2.900 pesetas.

Europa, 4.000 pesetas. América, 4.500 pesetas.